del maestro; Juan, id todas las tardes á la capilla y cantad una antífona con versículo y oración á la gloriosa Señora Virgen María. Ah! esos sí que eran excelentes consejos!

—Y luego?

—Hermano; viendo estáis un culpable, un criminal, un miserable, un libertino, un hombre atroz! Querido hermano, Juan ha hecho de vuestros admirables consejos, paja y heno, y los ha hollado; pero bien castigado he sido, y el Dios del cielo es extremadamente justo. Mientras he tenido dinero, no ha faltado broma, y vida alegre y locura... Oh! y cuán fea y horrible, vista por detrás, es la crápula, que tan hermosa parece por delante! Ya no me queda una blanca; he vendido mi mantel, mi camisa y mi toalla; acabóse la vida alegre! apagóse la hermosa vela, y ya no tengo más que la asquerosa mecha de sebo que me llena de tufo las narices. Las muchachas se burlan de mí; bebo agua, me veo atestado de remordimientos y de acreedores.

—Qué más?—dijo el arcediano.

—Ah! querido hermano, yo quisiera arreglarme, adoptar una vida mejor. Vengo á vos lleno de arrepentimiento, soy penitente, me confieso, me doy inmensos golpes de pecho; mucha razón tenéis en querer que llegue á ser un día licenciado é inspector del colegio de Torchi. Es el caso que ahora me siento una vocación magnífica hacia ese estado; pero ya no tengo tinta, y me es preciso comprarla, no tengo plumas, y he de comprarlas; no tengo papel, no tengo libros, y necesito comprar uno y otro. He menester para eso un poco de metálico, y vengo á vos, hermano mío, llena el alma de contrición.

—Y eso es todo?

—Sí,—dijo el estudiante.—Un poco de dinero.

—No le tengo.



Entonces el estudiante dijo con aire grave y decidido:—Pues bien, hermano mío, siento tener que deciros que me hacen por otra parte brillantes ofertas y proposiciones. No queréis darme dinero?

—No.

—En ese caso, voy á hacerme hampón.

Y para pronunciar esta palabra monstruosa, tomó un continente digno de Ayax, esperándose á ver caer el rayo sobre su cabeza.

El arcediano le dijo con frialdad:—Haceos hampón.

Juan le saludó profundamente y bajó silbando la escalera del claustro.

Al atravesar el patio del claustro por debajo de la celda de su hermano, oyó abrirse aquella ventana; alzó la cara y vió pasar por la abertura la severa cabeza del arcediano.—Vete con mil demonios!—decía don Claudio;—este es el último dinero mío que verán tus ojos!

Y al mismo tiempo, tiróle el sacerdote una bolsa que hizo al estudiante un gran chichón en la frente, y con que se fué enojado y contento á la vez como un perro á quien lapidaran con huesos de médula.

## III

## Viva la alegría

Tal vez no ha olvidado el lector que una parte de la Corte de los Milagros estaba ceñida por una antigua muralla de París, de la cual empezaban ya muchas torres á arruinarse desde aquella época. Habían los hampones convertido una de aquellas torres en asilo de placer; taberna en el entresuelo, y lo demás en los pisos superiores. Era aquella torre el punto más animado y por consiguiente el más inmundo de

la hampa; parecía que en él zumbaba día y noche una especie de monstruosa colmena. De noche, cuando dormía todo el resto de la truhanería; cuando no quedaba ya una sola ventana iluminada sobre las terrosas fachadas de la plaza; cuando no se oía ya salir un grito de aquellas innumerables casucas, de aquellos hormigueros de ladrones, de mujerzuelas y de niños robados ó bastardos, fácil era siempre reconocer la alegre torre por el ruido que metía, por la luz escarlata que brillando al mismo tiempo por las chimeneas, las ventanas y rendijas de las rajadas paredes, se exhalaba por decirlo así de todos sus poros.

La cueva era pues la taberna: bajábase á ella por una puerta baja y por una escalera tan pina como un alejandrino clásico. Sobre la puerta, veíase á guisa de muestra un maravilloso pintorroteo que representaba algunos sueldos nuevos y unos cuantos pollos muertos, con este equivoquillo debajo:—*á los que tocan por los difuntos.*

Una noche, en el mismo instante en que daba el toque de ánimas en todas las campanas de París, si hubieran podido entrar los gendarmes de la ronda en la terrible Corte de los Milagros, hubieran podido observar que resonaba en la taberna de los hampones más tumulto de lo acostumbrado, que se bebía y se renegaba más que nunca. En el exterior, veíanse en la plaza numerosos grupos que departían en voz baja, como cuando se urde una gran conspiración, y por aquí y por allá veíase también acurrucado alguno que otro pecador que afilaba sobre las piedras una mala hoja de hierro.

Pero en la taberna misma hacían el juego y el vino tan poderosa diversión á las ideas que ocupaban aquella noche á los hampones, que difícil hubiera sido adivinar por las palabras de los bebedores el asunto de que se trataba. Solamente parecían estar algo más



alegres de lo acostumbrado, y á todos se les veía relucir alguna arma entre las piernas, una podadera, un hacha, un espadón ó el cañón de un antiguo arcabuz.

La sala, de forma redonda, era muy espaciosa; pero estaban las mesas tan apiñadas y eran tan numerosos los bebedores, que todo lo que contenía la taberna, hombres, mujeres, bancos, cántaros de cerveza, lo que bebía, lo que dormía, lo que jugaba, los sanos y los lisiados parecían hacinados en confusión con tanto orden y armonía como un montón de conchas de ostras. Había algunas velas de sebo encendidas sobre las mesas: pero la verdadera luminaria de la taberna, lo que hacía en el figón el papel de la araña en un salón de ópera, era la hoguera del fogón. Era tan húmedo aquel sótano que nunca se dejaba apagar en él la chimenea ni aun en mitad del verano; una inmensa chimenea toda esculpida y erizada de enormes morillos de hierro con una de aquellas grandes llamaradas de leña y de turba que, durante la noche, en las calles de las aldeas hacen destacarse tan encarnado, sobre las paredes fronteras, el reflejo de las ventanas de una fragua. Un perrazo, sentado gravemente en la ceniza, daba vueltas en las áscuas á un asador cargado de viandas.

Pero por grande que fuese la confusión, después de la primera ojeada podíanse distinguir en aquella muchedumbre tres grupos principales que se apiñaban en torno de tres personajes que ya conoce el lector. Uno de aquellos personajes extrañamente equipado con un sin fin de oropeles orientales, era Matías Hungadi Spicali, duque de Egipto y de Bohemia. Estaba el bellaco sentado en una mesa, con las piernas cruzadas, levantado en alto un dedo, y haciendo á plena voz distribución de su ciencia en magia blanca y negra á multitud de caras boquiabiertas que le rodeaban. Agrupá-

base otro gentío en derredor de nuestro antiguo amigo el valiente rey de Tunia, armado hasta las uñas. Clopin Trouillefou, con mucha seriedad y en voz baja, presidía al pillaje de una enorme cuba llena de armas, de donde desembocaban en confuso tropel hachas, espadas, capacetes, cotas de malla, morriones, puntas de lanzas y de partesanas, flechas y ballestas como manzanas y uvas de un cuerno de la abundancia. Cada cual tomaba lo primero que veía; quien el morrión, quien el chafarote, éste una daga, aquél una ballesta; hasta los muchachos se armaban y aun los miserables lisiados que andaban á rastras, cubiertos de corazas y espaldares, pasaban entre las piernas de los bebedores como enormes escarabajos.

En fin, un tercer auditorio, el más alborotador, el más jovial y el más numeroso, llenaba los bancos y las mesas, en medio de los cuales peroraba y juraba una voz en tono de flauta que salía de debajo de una pesada armadura completa desde el casco hasta las espuelas. El individuo que de aquella manera se había echado una manopla sobre el cuerpo, á tal punto desaparecía bajo la vestimenta guerrera, que no se veía de toda su persona más que una nariz rubicunda, insolente y remangada, un rizo de cabellos rubios, una boca rosada y un par de ojos atrevidos. Llena tenía la cintura de dagas y de puñales, llevaba al lado una gigantesca espada, una ballesta tomada de orín á su izquierda, y tenía además un enorme jarro de vino delante de sí, sin contar á su derecha una robusta moza despechugada. Todas las bocas á su alrededor reían, renegaban y bebían.

Añádanse á esto veinte grupos secundarios, las mozas y los criados de servicio corriendo de una parte á otra con sendos jarros sobre la cabeza, los jugadores acurrucados sobre los bolos, los cinciacos, los dados, y las cartas, disputas acá, besos acullá, y podremos



formarnos alguna idea de aquel conjunto sobr el cual vacilaba la claridad de una ancha hoguera llameante que hacía danzar sobre las paredes de la taberna mil sombras desmesuradas y grotescas.

En cuanto al ruido, era el interior de una gran campana tocando á vuelo.

La grasera donde rechinaba una lluvia de grasa, llenaba con su continuo chisporroteo los intervalos de aquellos mil diálogos que se cruzaban de un extremo al otro de la sala.

Había en aquella barahunda, en el fondo de la taberna, sobre el banco interior de la chimenea, un filósofo que meditaba, los pies entre la ceniza y los ojos en los tizones. Aquel filósofo era Pedro Gringoire.

—Ea, listos, despachemos, ármese todo el mundo! dentro de una hora nos pondremos en marcha!—decía Clopin Trouillefou á sus hampones.

Una muchacha cantaba:

Buenas noches, padres míos,
Que ya apagan el candil.

Dos jugadores de cartas disputaban.—Sota! gritaba el más furibundo de los dos, enseñando los puños al otro; á bastos echo.

—Ouf! aullaba un normando, fácil de conocer por su acento gangoso,—estamos aquí apiñados como los Santos de Caillonville!

—Hijos,—decía á su auditorio el duque de Egipto hablando en falsete,—las brujas de Francia van al *sábado* sin escoba, ni grasa, ni palafrén, y sólo con algunas palabras mágicas. Las brujas de Italia tienen siempre un macho cabrío que las espera á la puerta; todas tienen que salir por la chimenea.

La voz del mozalvete armado de punta en blanco dominaba el estruendo universal:—Noel! Noel!—gri-

taba.—Hoy mis primeras armas! hampón! yo soy hampón, vientre de Cristo! venga aquí de beber! Amigos míos, yo me llamo Juan Frollo del Molino, y soy noble de sangre, opino que hasta un Santo, si fuera gendarme, se haría ladrón. Hermanos, vamos á emprender una expedición brillante, como valientes que somos. Sitiar la iglesia, derribar las puertas, sacar á la muchacha, salvarla de los jueces, salvarla de los curas, desmantelar el claustro, quemar al obispo en el obispado, todo esto haremos en menos de lo que tarda un burgomaestre en zamparse una cucharada de sopas. Justa es nuestra causa; saquearemos la catedral y no habrá más que decir. Ahorcaremos á Quasimodo: Conocéis á Quasimodo, hermosas doncellas? le habéis visto desgañitarse sobre la campana un día de gran Pentecostés? Cuerno del padre! es cosa que tiene que ver! parece un diablo caballero sobre una boca de lobo. Amigos míos, escuchadme! yo soy hampón en el fondo del alma, tuno de corazón; yo he nacido bergante. He sido muy rico y me he comido mi hacienda; mi madre quería hacerme oficial, mi padre subdiácono mi tía consejero, mi abuelo protonotario del rey, mi bisabuela tesorero, y yo, yo me he hecho hampón. Así se lo he dicho á mi padre, que me ha echado su maldición; á mi madre, que se ha echado la pobre vieja á llorar y babear como ese leño sobre ese morillo. Viva la alegría! soy un verdadero Bicetre! Tabernera, amiga mía, venga otro vino! aun tengo con qué pagar. Ya no quiero más vino de Surene, que me apesta el garlito. Tanto valdría, cuerno de buey! gargarizarme con un canasto!

Aplaudía en tanto la caterva con grandes carcajadas; y viendo que aumentaba el tumulto en torno de él, añadió en voz de trueno el estudiante:—Oh! estruendo delicioso! *Populi debachantis populosa debachatio!* Púsose entonces á entonar, empapados en éxtasis los



ojos, en voz de canónigo que canta á vísperas;—*Quæ cantica! quæ organa! quæ cantinelæ! quæ melodie hic sine fine decantantur! sonant meliflu hymnorum organa, suavissima angelorum melodia, cantica canticorum mira!...*

Interrumpióse aquí diciendo:—Tabernera de los diablos, venga qué cenar.

Hubo un momento de semi-silencio, durante el cual alzó á su vez el duque de Egipto su agria voz instruyendo á sus gitanos:—La garduña se llama Aduine; el zorro, Pie azul ó el Corredor de Bosques; el lobo, Pie-gris ó Pie-dorado; el oso, el Viejo ó el Abuelo. El gorro de un gnomo hace invisible al que se lo pone y con él se ven las cosas invisibles. Todo sapo bautizado debe estar vestido de terciopelo negro ó encarnado, con una campanilla al cuello y otra en los pies: el padrino sostiene la cabeza, la madrina el posterior. El demonio Sidragasum puede hacer bailar á las muchachas en cueros.

—Por mi vida!—interrumpió Juan,—yo quisiera ser el demonio Sidragasum.

Continuaban en tanto los hampones armándose con estruendo en el extremo opuesto de la taberna.

—Pobre Esmeralda!—decía un gitano:—es nuestra hermana. Es preciso sacarla de allí.

—Con que aun está en Nuestra Señora?—preguntó un ropero que tenía facha de judío.

—Sí.

—Pues no hay más, compañeros, sino que es preciso ir á Nuestra Señora! Tanto más cuanto hay en la capilla de los santos Ferreol y Ferrution, dos estatuas, una de san Juan Bautista, otra de san Antonio, ambas de oro, que pesan juntas diecisiete marcos de oro y quince adarmes, y los pedestales de plata dorada diecisiete marcos y cinco onzas. Yo lo sé porque soy platero.

Sirvieron en esto su cena á Juan, el cual exclamó

estirándose hacia la garganta de su vecina:—Por san Voult de Luca, á quien llama el vulgo San Goguelu, soy de todo punto feliz. Ahí tengo delante de mí un majagranzas que me mira con ojos de archiduque; cátate otro aquí á mi izquierda que tiene los dientes tan largos que le tapan la barba. Y luego estoy como el mariscal de Gié en el sitio de Pontoise, apoyando mi derecha en una soberbia teta. Vientre de Mahoma! compañero! tienes facha de un revendedor de huevos y vienes á sentarte junto á mí! Yo soy noble, voto á tal! el comercio es incompatible con la nobleza! Largo de ahí! Ola-hé! vosotros! no hay que pegarse! Como es eso, Bautista Croque-Oison, tú que tienes una nariz tan bella, vas á arriesgarla contra los puños de ese animal! Majadero! *Non cuiquam datum est habere nasum!* Vive Dios que eres divina, Jacobilla Ronge-Oreille! Lástima es que no tengas pelo! Ola! Yo me llamo Juan Frollo, y mi hermano es arcediano. El diablo cargue con él! Todo cuanto digo es la verdad. Haciéndome hampón, he renunciado de grado á la mitad de una casa situada en el paraíso que me había prometido mi hermano: *dimidiam domun in Paradiso.* Texto al canto. Tengo un feudo en la calle de Tirechape, y todas las mujeres se pirran por mí, tan cierto como que San Elías era un excelente platero, y que los cinco oficios de la ciudad de París son los curtidores, los manguiteros, los talabarteros, los bolseros y los zapateros, y que San Lorenzo fué quemado con cáscaras de huevos. Os juro, camaradas,

Que no beberé pimiento
Un año entero, si miento!

—Vida mía, hace hermosa luna; mira allá hacia lo lejos, por la ventana, cómo achucha el viento las nubes! así hago yo con tu gorguera! Muchachas! despabilad las velas y las narices de los chiquillos! Cristo y Mahoma! qué estoy comiendo aquí, Júpiter poderoso! Ohé! vieja maldita, los pelos que no se hallan en las cabezas de tus bellacas, se encuentran en tus tortillas! Vieja gorrina! yo quiero tortillas calvas! El diablo te arranque las narices! Maldito figón de Belcebú en que las puercas se peinan con los tenedores!



Esto diciendo, rompió su plato en el suelo y empezó á cantar á grito pelado:

Yo no tengo,
Voto á bríos,
Ni fe, ni ley,
Ni hogar, ni lecho,
Ni Rey, ni Dios.

Acabó entre tanto Clopin Trouillefou su distribución de armas. Acercóse en seguida á Gringoire que parecía sumergido en profundas meditaciones, apoyados los pies sobre un morillo.—Amigo Pedro, dijo el rey de Tunia, en qué diablos estás pensando!

Volvióse Gringoire hacia él con melancólica sonrisa:

—Gústame el fuego, carísimo señor, no por la razón trivial de que el fuego calienta nuestros pies ó cuece sopa, sino porque produce chispas. Pásome á veces horas enteras mirando chispas y descubro mil cosas en esas estrellitas que tachonan el fondo negro del hogar. Esas estrellas son otros tantos mundos.

—Lléveme el diablo si te entiendo!—dijo el hampón; —sabes qué hora es?

—No sé,—respondió Gringoire.

Acercóse entonces Clopin al duque de Egipto.

—Compañero Matías, la ocasión no es buena. Dicen que el rey Luis XI está en París.

—Nuevo motivo para arrancarle nuestra hermana de entre las uñas.

—Hablas como un grande hombre, Matías,—dijo el rey de Tunia;—además no perderemos tiempo. No hay que temer resistencia en la iglesia; los canónigos son unas liebres y nosotros somos muchos. Con medio palmo de lengua fuera se quedarán mañana los esbirros del parlamento cuando vayan á echarla el guante! Tripas del papa! no quiero que ahorquen á mi perlita!

Salió en esto Clopin de la taberna.

Durante este tiempo, gritaba Juan con ronca voz:—Yo como, bebo, estoy borracho, soy Júpiter! Eh! Pedro el Apaleador, si vuelves á mirarme así, te aplasto las narices á capones.

Gringoire por su parte, arrancado á sus meditaciones, habíase puesto á examinar la tumultuosa y atronadora escena que le rodeaba, murmurando entre dientes: *Luxsuriosa res vinum et tumultuosa ebrietas.* Ah! y qué bien hago en no beber, y con cuanta razón dice San Benito: *Vinum apostatare facit etiam sapientes.*

Volvió en aquel momento Clopin, y gritó con voz de trueno:—Las doce!

Al oir esta palabra, que hizo el mismo efecto que el toque de llamada en un regimiento que está descansando, todos los hampones, hombres, mujeres y niños, se precipitaron en tropel fuera de la taberna con gran estruendo de armas y de herraje.

La luna estaba cubierta de nubes.

Estaba la corte de los milagros enteramente obscura, pero no en manera alguna desierta: en ella se divisaban multitud de hombres y de mujeres que departían entre sí en voz baja. Oíase su murmullo, y veíanse relucir todo linaje de armas en las tinieblas. Subióse Clopin sobre un alto poyo.—A vuestras filas, Germania! A vuestras filas, el Egipto! A vuestras filas, Galilea!—Hízose un gran movimiento en la sombra; la inmensa multitud pareció formarse en columna. Al cabo de algunos minutos alzó de nuevo la voz el rey de Tunia:



—Ahora, silencio para atravesar á París! el santo será *Llamita por bandera*! No se encenderán las hachas hasta que lleguemos á Nuestra Señora! Marchen!

Diez minutos después huían despavoridos los soldados de la ronda delante de una larga procesión de hombres negros y silenciosos que bajaba hacia el Pont-au Change, atravesando las tortuosas calles que cruzan en todas direcciones la maciza mole de los mercados.

## IV

## Un amigo torpe

Aquella misma noche, Quasimodo velaba. Acababa de hacer su última ronda en la iglesia, y no advirtió que, mientras estaba cerrando las puertas, pasó el arcediano junto á él, y mostró cierto enojo al verle echar cerrojos y candados en la enorme puerta de hierro, cuyas dos gruesas hojas tenían la solidez de una muralla. Parecía don Claudio aun más meditabundo de lo acostumbrado: verdad es que desde la aventura nocturna de la celda, continuamente maltrataba á Quasimodo; pero en vano le escarnecía y aun le pegaba algunas veces; nada podía alterar la sumisión, la paciencia, la resignación filial del fiel campanero: de parte del arcediano todo lo sufría, injurias, amenazas, golpes, sin un murmullo, sin una queja. Todo lo mas que hacía era seguirle á veces inquieto con los ojos cuando subía don Claudio la escalera de la torre; pero el arcediano se había abstenido por sí mismo de volver á presentarse á los ojos de la gitana.

Aquella noche, pues, después de haber echado una ojeada á sus pobres campanas tan abandonadas, la Jacobilla, María, Thibaude, subió Quasimodo á la cima de la torre septentrional, y allí, dejando sobre los plo-